

Marco Aurelio

Pensamientos

Cartas

Traducción, introducción y notas de Jorge Cano Cuenca

E D I T O R I A L T R O T T A

Colección
Torre del Aire

Título original: Μάρκου Αντωνίνου Αυτοκράτορος τὰ εἰς ἑαυτὸν

© Editorial Trotta, S.A., Madrid, 2023

© Jorge Cano Cuenca, traducción, introducción y notas, 2023

Ilustración de cubierta: Marco Aurelio, busto en mármol (170)

(Museo Saint-Raymond, Toulouse, Francia)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1364-197-3

Depósito Legal: M-28747-2023

Impreso en España

www.trotta.es

Espacio reservado
para sello FSC

CONTENIDO

Introducción: <i>Jorge Cano Cuenca</i>	9
1. Apuntes históricos: cómo llegó a su nombre	9
2. De cómo un no-libro se convirtió en libro	15
3. Por qué (es peligroso) asomarse al interior	19
4. Un esclavo griego y un <i>princeps</i> romano	23
5. Sobre esta edición	29
<i>Agradecimientos</i>	30
<i>Bibliografía</i>	31

PENSAMIENTOS

Libro I	39
Libro II	55
Libro III	69
Libro IV	85
Libro V	107
Libro VI	125
Libro VII	145
Libro VIII	167
Libro IX	187
Libro X	205
Libro XI	223
Libro XII	241

MARCO AURELIO Y MARCO CORNELIO FRONTÓN
CARTAS
(Selección)

<i>Nota a las cartas</i>	257
1. Marco Aurelio a Frontón	261
2. Frontón a Marco Aurelio	264
3. Marco Aurelio a Frontón	266
4. Marco Aurelio a Frontón	271
5. Frontón a Marco Aurelio	272
6. Marco Aurelio a Frontón	274
7. Marco Aurelio a Frontón	276
8. Frontón a Marco Aurelio	278
9. Frontón a Marco Aurelio	279
10. Marco Aurelio a Frontón	280
11. Marco Aurelio a Frontón	282
12. Frontón a Marco Aurelio	284
13. Marco Aurelio a Frontón	285
14. Marco Aurelio a Frontón	287

INTRODUCCIÓN

Jorge Cano Cuenca

1. APUNTES HISTÓRICOS: CÓMO LLEGÓ A SU NOMBRE¹

El 17 de marzo de 180 el emperador Marco Aurelio Antonino salió de escena, soltó los hilos de la marioneta, se volvió insensible a las impresiones, abandonó el servicio de la carne, cesó su peregrinaje por tierra extranjera, se disolvieron los elementos que le constituían como ser vivo y se reintegraron en aquello que había sido la causa de su composición. Ese mismo mes, antes de comenzar la temporada bélica, había enfermado gravemente, quizá de peste. Las fuentes le muestran consciente de la gravedad de su estado y elaboran de diversa manera sus últimos días: ayuno, sonrisas y palabras amables desde el lecho de muerte, aislamiento por miedo a contagiar a su hijo Cómodo, máximas diversas... Dion Casio alude a una conspiración entre los médicos y Cómodo. Difícilmente se sabrá de qué murió ni dónde: Vindobona, Sirmio o Bononia, tampoco es tan importante, al menos en lo que respecta a su *libro*.

Había venido al mundo como Marco Annio Catilio Severo o como Marco Annio Vero el 26 de abril del 121, en el seno de la *gens Annia*. Se sabe que a mediados del siglo I d.C. la familia se encontraba en la Bética, en torno a la pequeña localidad de Ucubi, la actual Espejo, a pocos kilómetros de Córdoba. Su familia es un ejemplo de cómo las élites de

1. Para la biografía del emperador, sigo principalmente a Anthony Birley (2009, trad. esp. y 2012, 139-170) y, con reservas, los epitomes de la *Historia romana* de Dion Casio y la *Historia Augusta (HA)*, ed. de V. Picón y A. Cascón, Akal, Madrid, 1989. Para una lectura crítica y en varios aspectos negativa de la labor y persona de Marco, cabe acudir al libro de A. Fraschetti (2014).

las provincias occidentales —Narbonense, Tarraconense o Bética— comenzaron a obtener influencia en la vida política imperial con Vespasiano y Tito emparentando con viejas casas de la nobleza. Su padre, Marco Annio Vero, contrajo matrimonio con la rica patricia Domicia Lucila la Menor, cuya fortuna provenía, en buena parte, de una fabrica de ladrillos a las afueras de Roma: después del incendio de la *Urbs* en tiempos de Nerón, era un claro sector en auge. Marco nació en la mansión familiar de la colina del Celio, entonces sin turistas. Una joven muerte truncó la prometedor carrera política de su padre y Marco creció sin memoria directa de él. Lucila no volvió a contraer matrimonio y el niño fue adoptado por su abuelo paterno, al que Adriano concedió la distinción de un tercer consulado, hecho excepcional para alguien que no formaba parte de la familia imperial.

Con apenas seis años y bajo la protección directa del emperador Adriano que —ironizando con el patronímico— lo llamaba «Verísimo» (*Verissimus*), Marco entró en los *equites* y con siete, en el arcaico colegio de los Salios, asociado con el dios Marte, cuyas ceremonias ejecutó con especial celo (*HA, Marco* 4, 1-5). En los años finales de su niñez comenzó su educación literaria, musical y gramática junto al griego Herodes Ático y al latino Marco Cornelio Frontón. También conoció entonces a Diogneto (I 6), maestro de pintura que le acercó al austero modo de vida filosófico (*HA, Marco* 2, 6). Tres de sus maestros de filosofía de juventud reciben cumplido agradecimiento en el libro I: Junio Rústico, Apolonio de Calcedonia y Sexto de Queronea. El estoicismo había arraigado en Roma desde época imperial y alentaba una racionalidad vigilante sobre las impresiones, juicios y concepciones que modelan el carácter, y proporcionaba una imagen de dominio de sí, serenidad y autonomía que se compadecía con los ideales de la antigua tradición romana. Su profesión solía, además, presentarse como un tope respecto de los excesos y delirios de cualquier autócrata, lo que lo convertía en una práctica de riesgo.

En 136, con quince años tomó la *toga virilis* y, a instancias de Adriano, se desposó con la hija del patricio Lucio Ceyonio Cómodo. Si bien entre los Julio-Claudios la transmisión del poder imperial se hacía por descendencia masculina, a partir de Adriano se concertó mediante matrimonios con mujeres del propio entorno familiar del *princeps* (Fraschetti, 2014, 21). La salud de Adriano comenzaba a debilitarse. Sin descendencia, adoptó al cónsul Cómodo para su sucesión, que recibió el nombre de Lucio Elio César y el gobierno de la provincia danubiana de Panonia. Quizá Adriano pensaba en el *Verissimus* Marco para la sucesión, pero su juventud requería una figura intermedia, de modo que su

INTRODUCCIÓN

matrimonio con la hija de Elio César posibilitaba el cumplimiento de sus planes de futuro. Elio César falleció el 1 de enero de 138 y la quebrada salud de Adriano exigía el pronto nombramiento de un nuevo heredero. En esta ocasión, el dedo apuntó a Aurelio Antonino², quien no albergaba ambiciones imperiales y demoró su aceptación cuatro semanas. La ceremonia se completó el 25 de febrero. De acuerdo con los deseos de Adriano, Antonino Pío adoptó a su vez al joven Marco y a Lucio, hijo del difunto Elio. Cuenta la *HA* (*Marco* 5, 2) que esa noche «soñó que tenía hombros de marfil y, cuando le preguntaron si estos serían capaces de aguantar el peso, se dio cuenta de que eran más vigorosos de lo que solían ser habitualmente». Tras la ceremonia, cambió el Anio por el Aurelio. Adriano falleció el 10 de julio de 138, fijando la sucesión para los siguientes 42 años. En 139, con dieciocho años, Marco entró en el Senado y al año siguiente fue nombrado cónsul en compañía de Pío. En abril de 145, el *princeps* cumplió con los matrimonios designados por Adriano: Marco, divorciado de la hija de Ceyonio Cómodo, se casó con Faustina, hija de Pío. La pareja engendró 14 hijos, de los que solo 6 llegaron a la edad adulta, entre ellos el nefando Cómodo, que vino al mundo en agosto de 161.

Antonio Pío falleció el 7 de marzo de 161 con setenta y cinco años. El recuerdo que Marco guardó de él queda consignado en dos emotivas semblanzas (I 16 y VI 30) que lo retratan como paradigma ético y político de *imperator*. Tras su muerte, Marco y Lucio obtuvieron los poderes imperiales y cambiaron sus nombres: Marco trocó el Vero por Antonino, en honor de su padre adoptivo; y Lucio, el Cómodo por Vero, de modo que pasaron a ser llamados Marco Aurelio Antonino y Lucio Aurelio Vero. La retratística de la época da muestra de un *nuevo* espíritu, heredero de la serenidad antonina. Por primera vez se daba un gobierno de dos emperadores, aunque Marco gozaba de una mayor *auctoritas* como *pontifex maximus*, dignidad que no podía ser compartida. Siguiendo la costumbre, los primeros actos públicos fueron una generosa donación económica a las tropas y la deificación de Antonino.

Enseguida comenzaron los problemas: tras una devastadora inundación del Tíber, surgieron graves conflictos bélicos en Partia, Capadocia y Siria en el invierno de 161 a 162: uno de los emperadores tenía que acudir al frente y ambos carecían de experiencia militar previa. Lu-

2. «De linaje noble, amable, de un carácter fácil, prudente, incapaz de incurrir en precipitación a causa de su juventud ni en negligencia por su vejez, criado en las leyes, observante de las costumbres de los antepasados, de modo que no desconoce ninguna de las cosas que conlleva el gobierno y puede usarlas todas correctamente» (Dion Casio 69, 20).

cio fue el encargado de comandar las tropas³. En el 164, tras los éxitos de Lucio en Armenia, la pareja imperial consideró que era el momento de celebrar el prometido enlace entre aquel y la joven Lucila, de catorce años para reforzar la alianza entre las dos cabezas del Imperio⁴. La guerra finalizó en el 166, tras el saqueo de Ctesifonte, la capital de Partia, y el *triumphum* se celebró el 12 de octubre de 166. Hacía tiempo que Roma no celebraba uno —desde el póstumo de Trajano en 118— pero, al poco, la alegría se convirtió en duelo: las tropas trajeron consigo una mortífera peste (*HA, Marco* 13, 3-6). Galeno, que se encontraba como médico en Roma, no dudó en regresar a Pérgamo, huyendo de una plaga que los historiadores consideran determinante en la progresiva decadencia de Roma (Birley, 2009, 215)⁵.

A principios de 167 hubo una sublevación en Panonia y en primavera de 168, los marcomanos y otros pueblos del norte amenazaron con invadir las fronteras si no se les admitía pacíficamente dentro de ellas. Los emperadores decidieron cruzar los Alpes y pasaron el invierno acuartelados en Aquilea, mientras la peste no cesaba en su cosecha. De regreso, Lucio enfermó cerca de Altino, donde falleció a los tres días. Tras su funeral, fue divinizado como Divus Verus. La epidemia diezmaaba la demografía a la vez que el cobro de impuestos, por lo que había que hacer frente a los gastos económicos del coste de la guerra⁶. Marco subastó parte de las propiedades imperiales y se tomaron medidas excepcionales: manumisión voluntaria de esclavos, reclutamiento de gladiadores y de cuerpos policiales de las provincias. Antes de partir al frente y sin cumplir el período de luto, Marco —a pesar de la opinión de su hija y su esposa— entregó en matrimonio a su hija viuda Lucilla a Claudio Pompeyano, hombre mayor que Lucio y de origen no noble, cuya fidelidad y experiencia militar resultaban necesarias. De nuevo la tragedia golpeó a la familia con el fallecimiento del pequeño Annio Vero. En medio del duelo, Marco continuó con sus tareas públicas: aca-

3. Con cierta maledicencia la *Historia Augusta* (*Marco* 8, 9; *Vero* 5, 8) señala que Marco envió a su hermano para que el rigor de la vida militar corrigiera su excesivo hedonismo o, al menos, para que la *Urbs* no fuera espectadora del mismo.

4. Para una lectura crítica de los enlaces matrimoniales de la familia imperial, cf. Frascchetti, 2014, 24.

5. Por otra parte, el enrarecido clima general impuesto por la peste generó hostilidad hacia los cristianos y condujo al arresto y ejecución de Justino el Filósofo y sus compañeros.

6. Para Frascchetti (2014, 22) la peste generó un colapso demográfico —50 000 personas muertas al día en la ciudad de Roma— y supuso una auténtica catástrofe para el erario público. Su lectura sobre las campañas bélicas de Marco es absolutamente negativa: en las circunstancias económicas en las que se encontraba Roma era insostenible establecer legiones en los confines del Imperio.

so haya alguna huella en cierto *topos* meditativo que aparece en sus escritos (VIII 49; IX 40; X 34 y 35; XI 34).

No sabemos mucho de lo que sucedió en los años inmediatamente siguientes al 170. Los marcomanos, cuados y sus aliados abrieron una brecha por los Alpes julianos —en la actual Eslovenia— penetrando al interior de la península itálica, mientras el emperador y el grueso de sus fuerzas batallaban al otro lado del Danubio. Brotaban los frentes: Mesia, Dacia, Tracia, Macedonia y Acaya (sur de la Grecia continental, incluidas el Ática y el Peloponeso); en el otro extremo, tribus norteafricanas invadían la Bética. En las monedas de finales de 171 se proclama a Marco *imperator* por sexta vez y consta una victoria contra los germanos. Quizá en esa época estableció sus cuarteles en Carnunto, junto al Danubio. En el año 172 las tropas romanas irrumpen en territorio enemigo: en la columna aureliana de la Piazza Colonna de Roma, el Danubio observa a los soldados cruzar sus pontones (Birley, 2009, 245). Fue en algún momento de la campaña contra los marcomanos cuando sucedieron los famosos «milagros» del rayo y de la lluvia (Dion Casio 71, 8-9), representado este en la columna aureliana y que alentó algunas interpretaciones cristianizantes. Las victorias le concedieron, a instancias del Senado, el título de Germanicus, que también recibió Cómodo. Tras la victoria de Marco sobre los marcomanos, comenzó una difícil campaña contra los cuados que obligó a nuevas disposiciones sobre rehenes, prisioneros y desertores que, siguiendo a Birley (2009, 253), evidencian un deterioro moral entre los romanos. Los libros II y III llevan indicaciones geográficas que se corresponden con las campañas: los cuados, el Gran, Carnunto y, aunque no sirvan para fecharlos, dan señal del vano que separa realidad y escritura. Desde el 169-170, instalado el frente, Marco siguió atendiendo con celo y rigor las labores judiciales que llegaban de Roma. Dion Casio nos lo presenta debilitado, sin apenas apetito y aguantando largas sesiones de trabajo gracias a la *theriaca*, un medicamento compuesto de opio, que le había prescrito Galeno para curar lo que posiblemente era una dolorosa úlcera.

En la primavera de 175, mientras se encontraba en campaña contra los sármatas, se anunció la rebelión de Avidio Casio, gobernador de Siria, y su reconocimiento como emperador por la mayor parte de las provincias orientales, entre ellas la importante Egipto. El influyente Avidio, que se había labrado una brillante carrera militar con Antonino Pío y Lucio Vero, se había proclamado a sí mismo *imperator* tras haber recibido noticia de la enfermedad y próxima muerte de Marco: algunas fuentes señalan a la propia emperatriz Faustina, ya conspiradora o temerosa de que su marido muriera mientras Cómodo aún era demasiado

joven para acceder al poder (*HA, Marco 24, 5-25, 10; HA, Avidio Casio 8, 1*). Parece que Marco, desde Panonia, intentó sofocar las noticias de la revuelta, pero cuando llegaron a sus soldados, tuvo que dirigirse a las tropas⁷. El Senado declaró a Avidio Casio enemigo público y confiscó sus propiedades. El *rector Orientis* disponía de siete legiones y controlaba Egipto, el granero de Roma, pero no pudo ganarse el apoyo de las legiones de Capadocia, bajo el mando de Marcio Vero, fiel a Marco, ni de las europeas. Marco llamó a Cómodo a su lado, a Sirmio, y se tomaron medidas extraordinarias para proteger Roma⁸.

Cómodo ingresó en los *cives Romani* el día en que Rómulo abandonó el mundo —el 7 de julio— y fue presentado ante el mundo como heredero de Marco en caso de que este falleciera, lo que restauraba la transmisión imperial por linaje directo, en lugar de por adopción, como venía sucediendo desde Nerva. Marco otorgó donativos al pueblo de Roma para granjearse su apoyo. Antes de entrar en guerra, Avidio Casio perdió definitivamente la cabeza a manos de un centurión: separada del cuerpo, llegó hasta Marco, que no quiso verla y mandó enterrarla. En la idea de que su presencia pacificaría la zona, la comitiva imperial viajó hacia el este, desde el Danubio hasta Bizancio, Anatolia central y Capadocia. Faustina falleció repentinamente en Halala: tenía cuarenta y cinco años. Fue deificada por el Senado y Marco cambió el nombre de Halala por Faustínópolis. Dion Casio (71, 30) cuenta que la muerte le produjo un dolor profundo.

La actitud hacia quienes habían apoyado a Avidio fue magnánima: Marco perdonó a las ciudades que se habían posicionado del lado de la revuelta (Alejandría, Antioquía). Una vez en la parte oriental del Imperio, Marco visitó Cilicia, Siria, Palestina, donde se entrevistó con el rabino Judá I —quizá una charla filosófica según la fuente talmúdica— y finalmente Egipto. Alejandría había abrazado la rebelión de Casio, pero tanto la ciudad como las autoridades políticas romanas fueron tratadas con clemencia. El viaje de vuelta a Roma le llevó de nuevo a Siria (An-

7. En el discurso que transmite Dion Casio (71, 24), Marco lamenta la guerra civil y la deslealtad de un amigo tan querido. Incluso plantea que, si el problema era él y Casio quisiera discutir sus pretensiones ante el Senado, no tendría inconveniente en ceder el mando si se consideraba que servía al interés general. Cabe discutir lo retórico de esta afirmación, pero, si damos crédito a Dion Casio, tuvo que resultar bastante insólita para los presentes.

8. Birley (2009, 268) plantea que la sublevación pudo tener su origen entre los orientales que se oponían a mantener una guerra de expansión hacia el norte, que les resultaba cara, lejana y, en el fondo, indiferente. Asimismo «sus amigos» le recomendaban abandonar las expediciones militares y regresar a Roma (*HA, Marco 22, 8*). Cf. Fraschetti, 2014, 206-207.

tioquía), Esmirna, donde se encontró con el célebre rétor Elio Arístides, y Atenas, patria de la filosofía. Allí se inició en los misterios de Eleusis, nombró profesores en todas las disciplinas académicas, concediéndoles un sueldo anual, y cuatro cátedras filosóficas: una platónica, una aristotélica, una estoica y una epicúrea.

En otoño de 176 se encontraba de regreso en Roma: llevaba ocho años fuera de la ciudad y decidió entregar ocho piezas de oro al pueblo. Marco asoció al joven Cómodo al *imperium* y lo nombró cónsul, el más joven que había tenido antes Roma. El *triumphum* se celebró el 23 de diciembre: Marco y su hijo marcharon por el circo Flamínio en el carro triunfal y se condecoró a los militares que se habían destacado en las campañas. Tras los fastos, el emperador se retiró a Lavinio. Para año nuevo, Cómodo recibió el resto de títulos como corregente⁹. Un nuevo foco en el Danubio interrumpió la calma y Marco consideró necesaria su presencia. Antes celebró los esponsales de Cómodo con Brutia Crispina, nieta de Brutio Presente, figura cercana a Adriano y Antonino Pío. La *Historia Augusta* y Dion Casio aportan escenas notables antes de la que sería la despedida de Marco de Roma. Quizá la más singular sea esta: «Marco pidió al Senado fondos del tesoro público, no porque no estuvieran a disposición del emperador, sino porque decía que esos fondos, al igual que otros, eran del Senado y del pueblo. ‘Nosotros’, apuntó ante el Senado, ‘no tenemos nada propio, hasta el punto de que vivimos en vuestra casa’. Dicho esto, arrojó la lanza ensangrentada que se guardaba en el templo de Bellona como si la tirara hacia territorio enemigo, al menos es lo que he escuchado de quienes estuvieron presentes, y partió al frente». El 3 de agosto de 178 echó su última mirada a Roma.

2. DE CÓMO UN NO-LIBRO SE CONVIRTIÓ EN LIBRO

Resulta bastante paradójico que alguien que ha estado durante tantos años vinculado con el poder imperial —primero con Antonino Pío, luego junto a Lucio Vero, posteriormente en soledad y luego en soledad compartida con su hijo Cómodo— haya legado a la posteridad un tex-

9. La biografía de Birley (2009, 283-287) ofrece interesantes detalles sobre la actividad administrativa y jurídica en el gobierno conjunto con Cómodo (177-180) en materia de crímenes, manumisiones de esclavos y el precio de los espectáculos de gladiadores, costumbre que le producía un profundo y absoluto rechazo. El alistamiento en el ejército de gladiadores produjo escasez en el mercado de lanistas y disparó el coste de los espectáculos en ciertas provincias, lo que llevó a Marco a decidir que se pudiera usar en ellas a reos de muerte como gladiadores.

to tan difícil de contextualizar y relacionar con su biografía. Tiene su gracia, incluso. Si no resultara una proyección posmoderna, podríamos pensar en una broma profundamente meditada. Los doce libros que componen el Μάρκου Ἀντωνίνου Ἀυτοκράτορος τὰ εἰς ἑαυτὸν o su traducción latina *Marci Aurelii Antonini Ad Se Ipsum Libri XII* nunca fueron concebidos como *libro*, tampoco son un diario, ni memorias, ni una autobiografía. No están organizados ni meditados para su publicación. Tampoco tienen propiamente título, sino algo más parecido a una anotación de referencia o una etiqueta¹⁰. Exceptuando el libro I, no hay organización ni sistema, sino una serie de reflexiones más o menos cortas y solo doctrinalmente interconectadas. Tampoco hay fechas ni paisajes, «en su desprecio por lo corporal y mundano, Marco Aurelio solo anota lo esencial: el razonamiento desnudo de lo accesorio y la incitación moral» (García Gual, 1977, 29). Tampoco se puede establecer con precisión el arco temporal que abarca su escritura, aunque lo más probable es que, en tanto escritura de sí, se trate de una tarea prolongada en el tiempo. Ciertas referencias a su edad pueden hacernos pensar que, al menos, parte de ella tuvo lugar en sus años maduros, después del acceso al trono (VI 30), después de la muerte de Lucio Vero (VIII 37), tras la fatídica peste que trajeron de Oriente las victoriosas legiones de Vero (IX 2). Todos los mencionados en el libro I —considerado generalmente el último que fue redactado por Marco— habían ya fallecido, pero eso tampoco aclara nada sobre el modo en que las anotaciones iban teniendo lugar. Quizá lo más prudente es fecharlo entre el 170 y el 180, y considerar que los lugares de escritura fueron cualesquiera de aquellos por los que él pasó durante esa década, incluidos las dos referencias geográficas que aparecen citadas a comienzos de los libros II y III. Al igual que la luna, Marco Aurelio muestra una cara visible y, afortunadamente, otra oculta: afortunadamente, porque en sus palabras no se en-

10. La traducción del título a las lenguas modernas varía poco y no es muy habitual que se mantenga el original *A sí mismo*, *Para sí mismo*, o *Los libros* (si se supone un τὰ βιβλία) a / *para sí mismo*, o *Las cosas (escritas, dichas, pensadas, etc.) a sí mismo* (τὰ εἰς ἑαυτὸν). Se ha considerado (Ceporina, 2012, 45) que el propio Marco en III 14 alude a sus escritos con el diminutivo τὰ ὑπομνημάτιά, hipótesis que ha sido puesta en tela de juicio. Con el título τὰ εἰς ἑαυτὸν aparece consignado en el léxico *Souda* de alrededor del 950 y las primeras traducciones latinas se hicieron cargo de esa marca reflexiva: *De Seipso et Ad Seipsum* (Casaubon, 1643); *De rebus suis sive de eis quae ad se pertinere censebat* (Gatker, 1652). En inglés se suele traducir por *Meditations*; *Pensées* en francés —con ecos pascalianos— o *Pensées pour moi-même*; *Pensieri*, *Ricordi* o *A se stesso* en italiano; en alemán *Selbstbetrachtungen* o *Wege zu sich selbst*; en nuestra lengua el título habitual ha sido *Meditaciones* y, con ecos más antiguos, *Soliloquios*: la primera traducción directa, realizada por Jacinto Díaz de Miranda, llevaba por título *Soliloquios o reflexiones morales* (1785).

cuenta apología, justificación, ni ese *pro domo sua* que tanto se cuele en los escritos en primera persona. La repetición de ideas, argumentos, conclusiones, imágenes y alusiones tiene sentido si se entiende que todos ellos están dirigidos a sí mismo: es un texto tan personal en su sentido pleno como despersonalizado respecto a la figura imperial.

Desde su escritura en la segunda mitad del siglo II, no hay referencias al texto que, de haber sido conocido, hubiera suscitado mucho interés entre las generaciones posteriores, principalmente en el contexto de las polémicas, inectivas y apologéticas cruzadas entre antiguos y cristianos, en las que no se encuentra eco alguno¹¹. No sabemos quién, cómo y cuándo editó el texto, pero parece que tenía clara su naturaleza privada (Ceporina, 2012, 47-48). El patriarca Focio (*ca.* 820-891) solo conocía el epistolario de Marco, que admira por su estilo. En cambio, el obispo Aretas (*ca.* 850-935) alude a unos escritos éticos (*ἐν τοῖς εἰς ἑαυτὸν ἠθικοῖς*) de Marco en un escolio a Luciano (*Pro imaginibus* 2, 207, 11, 1-8 Rabe), de modo que ya le había llegado bajo este «título». Aretas, por otra parte, es una figura clave en la recuperación, establecimiento y valoración pública del texto. La *Souda*, el léxico bizantino contemporáneo de Aretas, recoge citas del texto de Marco, mientras que otras obras semejantes anteriores no aluden al mismo, lo que cabría entender como influencia del obispo. No se puede determinar del todo si las veintinueve citas —de los libros I, II, III, IV, V, IX y XI— vienen de una compilación anterior o del texto completo. Por otra parte, la *Souda* menciona que Marco escribió una guía para su vida en doce libros y el estado textual de los pasajes que suministra el léxico es, en general, bueno y, en ocasiones, mejor que el de la tradición manuscrita, de ahí su importancia¹².

En torno al 907, Aretas escribe a Demetrio, arzobispo de Heraclea, que le envía un volumen del libro de Marco, del que ha sacado una copia —desconocemos cómo había llegado a él—, pero, por el contenido de la carta, no considera que el libro sea una rareza, ni que suponga un descubrimiento, sino que parece familiarizado con él. Cabe considerar que Aretas tenía un manuscrito legible del texto y lo copió para la posteridad —se lo considera el arquetipo del que depende la tradición textual—, sin que sea necesario atribuir los muchos problemas

11. El orador Temistio (*Discursos* VI 81c), en 364, alude a unas *Admoniciones de Marco* (Μάρκου παραγγέλματα) en una alabanza al emperador Valente, pero ello no permite distinguir entre una referencia directa al texto o un recordatorio general de las virtudes filosóficas de su predecesor en la púrpura. Se sabe que Marco fue un modelo para el emperador Juliano (*Carta a Temistio* 253a, Amiano Marcelino 16, 1, 4), pero no parece que este conociera el libro, sino una serie de ideas transmitidas por la tradición retórica y filosófica.

12. Para un tratamiento *in extenso* de la cuestión, cf. Ceporina, 2012, 49-53.

textuales a la copia del bizantino. El epigrama anónimo (*Antología Palatina* 15, 23) que está traducido al final de la versión que aquí presentamos es otro testimonio del libro. El poema aparece como colofón en el *Vaticanus Graecus* 1950 y desde Paul Maas (1913) ha sido, generalmente, atribuido a Aretas. En una interesante hipótesis, Hadot y Luna (1998, xxii-xxiv) lo atribuyen, en cambio, a Teofilacto Simocatta, que vivió entre los siglos VI y VII, lo que adelantaría en cerca de trescientos años el conocimiento del texto en Bizancio. Entre los siglos XIV y XV, el monje bizantino José Brienio cita pasajes de Marco sin nombrarlo. Parece que Brienio disponía de un ejemplar completo (Rees, 2000, 586) que muestra diferencias textuales respecto a las dos tradiciones principales (A y T), quizá por enmiendas hechas por el propio Bryennios. El único manuscrito que conserva completos los doce libros es el *Vaticanus Graecus* 1950 (A), en el que no se da título a la obra. Parece que tampoco aparecía en el códice *Toxitanus* (por Miguel Toxites) de Heidelberg que sirvió para la *editio princeps* de Xylander (T), impresa por Andreas Gesner *filius* (Zúrich, 1559)¹³. Xylander tradujo la obra al latín e incluyó las referencias de la *Souda* y de Aurelio Víctor a Marco Aurelio. El importante número de erratas hizo necesaria una nueva edición corregida, pero el *Toxitanus* desapareció antes de que saliera a la luz la segunda edición del texto (Basilea, 1568), lo que obligó a Xylander a cotejar otros manuscritos que lo conservaban parcialmente¹⁴.

Aunque la *princeps* tuvo diversas reediciones, se hicieron necesarias una importante enmienda y corrección que se llevó a cabo en las ediciones de Meric Casaubon (Londres, 1643) y de Thomas Gataker¹⁵. La de Gataker se convirtió en la edición de referencia durante los siglos XVIII y XIX, con numerosas reimpressiones en las que se fueron añadiendo notas críticas. Joly (1774) cotejó el *Vaticanus Graecus* 1950, lo que inauguró una serie de ediciones que difieren en la confianza otorgada a las tradiciones textuales principales (A y T)¹⁶. El siglo XX elevó acaso el interés crítico por el texto¹⁷: entre las últimas destacan la de Cortas-

13. Para la peripecia y conjeturas de este manuscrito que el humanista Conrad Gesner, tío del impresor Andreas Gesner, había recibido de Michael Toxites, cf. Ceporina, 2012, 55-56.

14. *Darmstadtinus* 2773, *Monacensis Gr.* 323, *Monacensis Gr.* 529, *Vaticanus Gr.* 1823, *Vaticanus Gr.* 2231. Para el establecimiento del *stemma codicum*, cf. la edición de Dalfen (1987, xix-xx).

15. Marci Antonini imperatoris de rebus suis, sive de is quae ad se pertinere censebat libri XII, Cambridge, 1652.

16. Schultz, Schleswig, 1802; Corais, París, 1816; Lofft, Nueva York, 1861; Stich, Leipzig, 1882.

17. Leopold, 1908, Oxford Classical Texts; Schenkl, 1913, Bibliotheca Teubneriana; Haines, 1916, Loeb Classical Library; Trannoy, 1925, Collection des Universités de

sa (UTET, Turín, 1984) y la de Dalfen (Teubner, Leipzig, 1979 y 1987), que, a pesar de su espíritu hipercrítico en numerosos pasajes, suministra un importante aparato útil tanto para el estudio y constitución textuales como para su hermenéutica.

3. POR QUÉ (ES PELIGROSO) ASOMARSE AL INTERIOR¹⁸

Los doce libros que componen esto que ha terminado siendo un *libro* no tienen una estructura definida, ni un número de páginas regular. Exceptuando el I, un recorrido por todas aquellas figuras —muertas todas, excepto los dioses inmortales, claro está— que dejaron una impronta en su persona y en su vida, el resto no da señal de un orden deliberado. Hay que añadir que la separación en libros y capítulos tal y como la encontramos en las ediciones modernas fue labor crítica de Gataker. Las dos indicaciones locales no aportan más que posibles lugares de redacción, pero no son señal de ninguna estructura interna; es más, dado lo raro que es encontrar esa clase de indicaciones en la literatura antigua, subrayan que no hay estructura alguna, sino que fueron redactados un tanto a vuelapluma durante períodos concretos de la vida de Marco. La extensión de los capítulos va de la breve concreción de una máxima a una página entera, y en ningún caso se aborda una exposición doctrinal sistemática. Aunque los aspectos éticos reciben una mayor atención que la física o la lógica, la propia naturaleza del texto como «escritura de sí» puede resultar, en muchos casos, equívoca a la hora de determinar el grado de inmersión de Marco en el estudio y práctica de la filosofía estoica; es decir, en su lectura asistimos a la tentativa cotidiana de conformar su actitud a los principios del estoicismo, de poner en acción las doctrinas éticas, principalmente las que ayudan a dar forma a la dirección de vida, por lo que el trabajo con las doctrinas requiere una perspectiva más amplia e informal. En algunas ocasiones aparece con claridad el hilo interior que conecta los diversos ámbitos de la doctrina —en paralelo a esa divinidad racional inmanente al universo que lo impregna por completo—; en otras hay que ir conectando las señales y marcas que componen un mosaico doctrinal.

France; la rica y amplia edición en dos volúmenes de Farquharson, 1944, Oxford; Theiler, 1951, Zúrich (reemplazada por la de Nickel, 1990).

18. El cometido de esta introducción no es presentar *in extenso* el pensamiento filosófico de Marco, tarea que se lleva a cabo en el comentario de cada uno de los libros, estableciendo remisiones entre capítulos por afinidades doctrinales, temáticas, léxicas o argumentativas, sino su figura y la particularidad de su escritura.